

Ruptura, las Crónicas del Tiempo

Luciana Pavone



Capítulo 1

Prólogo

La Fugitiva

3828

El rey esperaba en el pasillo debatiéndose entre la ansiedad y el desagrado. Ni siquiera la maciza puerta de roble podía silenciar por completo los gritos provenientes de la cámara real. Pero lo valía, era una ocasión única. Desde el principio la reina había tenido problemas para concebir y apenas había logrado dar a luz a una niña muchos años atrás, ni hablar de un varón.

Seis años después, el rey esperaba detrás de la misma puerta a su posible heredero. En la habitación, la partera, la reina y la princesa Eirini tenían en sus manos el futuro de todo el reino. El parto era asunto de mujeres y Cefeo agradecía no tener que estar dentro antes de que terminara, si se tratara de cualquier otro asunto tan delicado no lo dejaría en manos femeninas pero el nacimiento era indiscutiblemente su tarea por designio de la naturaleza.

Ni él era tan necio como para desafiar a la naturaleza, ella era sabia y conocía el camino escondido para cada uno. Ella misma le había mostrado en sueños que su hijo iba a ser el rey más poderoso de los ocho reinos, un guerrero temido y respetado por todos, un hombre de honor y deber que iba a devolver a Dutram a su antigua gloria.

Cada segundo que pasaba sin conocerlo crecía su desesperación.

Estaba a punto de agotar sus reservas de paciencia cuando los gritos cesaron y escuchó llorar al recién nacido. A su hijo, se dijo, ese era su hijo. Aguardó a que lo lavaran y se acomodó discretamente la ropa a la expectativa del veredicto de la partera.

En realidad solo quería la confirmación de lo que ya sabía por instinto y revelación, así que cuando las puertas se abrieron, el rey esperó más pacientemente de lo que hubiera sido capaz en cualquier otra circunstancia. Una niña que era la viva imagen de su madre apareció en el umbral con un bulto de mantas entre sus pequeños brazos.

No, su hijo, el bulto era su hijo. Pero la feroz mirada de la princesa despertó sus miedos otra vez, la firmeza y la autoridad con las que habló eran producto de la educación que su madre le había inculcado de nacimiento. Educación apta para una princesa, por supuesto, etiqueta y

costura, la profesión era cosa de hombres.

— Es una niña — dijo desafiante y protectora como una madre osa.

No, no, era imposible, él lo había visto, lo había soñado. Un guerrero feroz y un rey poderoso con el pelo blanco de Casiopea y los ojos negros de los Beltrane, su hijo y su heredero... Y la reina se lo estaba negando.

Entró a la habitación con el ímpetu de una tormenta y su joven hija fue lo suficientemente astuta como para apartarse de su camino, todavía aferrándose a su hermana como si sus vidas dependieran de ello. No estaba tan errada. El fuego seguía encendido en la chimenea, el frío, considerable a pesar de ser el primer día de primavera. Su mirada, sin embargo, fue directamente a la cama donde yacía la reina completamente drenada de energía. La ira era un veneno que liberaba con cada respiración.

— Su Majestad, la reina está muy débil. Fue un parto difícil y necesita descansar – intervino la partera poniéndose delante de la cama.

El rey la apartó de un empujón brusco y, sin importarle quien estuviera mirando, tomó posición encima de su esposa. Tenía que asegurar el futuro que había visto y que ella le negaba, no iba a dejar que una mujer le arruinara los planes, ella no tenía poder de decisión, en eso no. La naturaleza había hablado y ningún hombre era capaz de ir en su contra, mucho menos una mujer. Y no importaba si era el deseo o la razón la que le susurraba al oído porque la furia le empañaba los sentidos y le brotaba de cada poro. La sangre le bullía más rápidamente con cada movimiento de sus caderas.

Parada en el umbral de la cámara real, Eirini veía impotente cómo Cefeo golpeaba a su madre una y otra vez, ella no podía hacer nada más que aguantar y rogar clemencia mientras él se movía debajo de las mantas de capiú con el rostro desfigurado y rojo, como un animal salvaje. Los sollozos de su madre no se parecían en nada a los de su hermana, aún en sus brazos. Solo pudo apartar la vista cuando Finna, la partera, corrió a sacarlas de la habitación, pero ni las pesadas puertas de roble contuvieron el rugido que salió del corazón del rey.

— ME DARÁS UN VARÓN, AUNQUE SEA LO ÚLTIMO QUE HAGAS.

La frase le quedó resonando en los oídos, Finna tomó a Andrómeda en sus brazos e incitó a Eirini a que corriera delante de ella, a su recámara. Allí escondidas las tres juntas se abrazaron a esperar lo peor, pero de alguna extraña manera, esas cuatro paredes lograron salvarlas de la tormenta del

rey.

Y solo Cefeo fue testigo de cómo la energía abandonaba a la reina, de cómo los sueños se borraban de sus ojos y cómo, finalmente, perdía la poca voluntad de vivir que le quedaba. Su último pensamiento fue para sus hijas, para que tuvieran la fuerza de la que ella había carecido. Y Casiopea se apagó como una vela en un huracán.

~

La Flecha del Norte

3837

Amelie danzaba por los pasillos de cristal, todo estaba perfectamente orquestado, iba y venía con suministros para el equipo dentro de la sala de partos con una elegancia tan fluida y natural que le dio un poco de envidia. El templo estaba diseñado para eso y la gente, totalmente entrenada por la misma Amelie, hacía que pareciera un juego. Cada paso resonaba, tintineaba, aunque el sonido era levemente amortiguado por el peluche de su gran capucha.

La tenía puesta sobre todo porque le gustaba, no hacía frío dentro del templo, había runas en la estructura para mantenerlo a temperatura óptima para los partos, le había explicado su padre. El mismísimo Señor del Norte las había grabado en la fundación del Templo Reflectante. Ante la mención del legendario personaje había soltado un grito ahogado que había hecho reír a los adultos a su alrededor. Luego había vuelto a sus andanzas, incapaz de quedarse quieta mucho tiempo.

Había pasado las horas de espera deslizándose por los pasillos, su imagen era un pálido reflejo en las paredes del templo mientras jugaba a las carreras de caballos. Montada en su semental imaginario, Amanda recorría el lugar a gran velocidad, zigzagueando y relinchando cuando pasaba a uno de sus competidores. Tan enfrascada estaba en su carrera contra Sir Arnoldo que dobló bruscamente en uno de los pasillos y terminó estampándose contra una pared con un fuerte tañido que le quedó resonando en la cabeza. Se había dado la frente de lleno contra el cristal.

Al principio creyó que las sombras que veía en la esquina eran producto del fuerte golpe que se había dado pero a medida que se le despejaba la visión pudo notar que no eran sombras corrientes. Grandes ojos rojos se volvieron en su dirección y, soltando un grito que reverberó por los pasillos, espoleó a su caballo y salió pitando.

Todavía agitada por el espeluznante encuentro volvió junto a la sala donde trabajaban las parteras, serenándose se sentó junto a la puerta. Pero antes de que pudiera controlar su respiración la sala volvió a abrirse

y la cabeza dorada de Amelie se asomó sonriente, incitándola a entrar. Su madre estaba sentada en una cama grande y acolchada, sostenía un bulto de mantas azules en los brazos y su padre se inclinaba sobre ambos con su habitual apacibilidad. Al verla entrar se les iluminaron los rostros y la llamaron para que se acercara, esa imagen la reconfortó tanto que olvidó a las sombras en el pasillo.

El bulto tenía los mismos ojos celestes que ella, vivos y brillantes, la miró fijamente como si la reconociera y sacó uno de los brazos de entre las mantas. Con un movimiento suave y cauto acarició la mano de la criatura, era tan pequeña y frágil...

— Amanda, él es tu hermano – dijo su padre poniéndole la mano en el hombro.

Había sido difícil aceptar la idea de un hermano después de ocho años de ser hija única, al principio había armado las rabietas más grandes de su corta vida (y eso era decir mucho) pero viéndolo ahora... ¿qué tanto mal podía causar una cosa tan pequeñita? Y después podían jugar, le podía enseñar las costumbres de la corte y las normas de etiqueta y ahorrarle un par de disgustos.

Una de las enfermeras carraspeó a su espalda.

— Necesitamos llevarlo para los controles – dijo con soltura acercándose para tomar al bebé en brazos.

Con el movimiento, las mantas se deslizaron dejando algo azul al descubierto que le llamó la atención. Por un segundo lo vio con brutal claridad, apareció de la nada, una marca como un triángulo invertido en el pecho de su hermano. Inmediatamente la mantita volvió a cubrirlo pero no había lugar a dudas, lo había visto. ¿Qué significaba eso? Les preguntó a sus padres pero ellos habían reído creyéndola otra de sus bromas. Nunca la tomaban en serio.

— ¿Qué te hiciste en la cabeza? – le preguntó su padre mirándola más de cerca.

— No es nada – replicó ella quitándole la mano que había comenzado a inspeccionarla.

Se vio reflejada en la pared, tu tez blanca tenía una gran marca roja en la frente como si fuera un enorme sol atardeciendo sobre sus cejas. Iba a durarle un buen rato...

Pasaron la tarde descansando en familia, preparándose para las celebraciones de esa noche y, al atardecer trajeron al recién nacido al cuarto para que los familiares lo conocieran. Todos estaban encantados con el bulto, se inclinaban sobre la cuna como buitres sobre carroña hasta

que se dieron cuenta de que lo único que hacía era pestañear y babear. Entonces se fueron a conversar con los agotados padres que lograban mantener la sonrisa, cortés y educada, con la que los habían criado. Esa que a ella no le salía y era causa de múltiples discusiones.

Amanda aprovechó el momento de tranquilidad para observar más de cerca la marca de su querido bulto queriendo encontrarle algún significado y mostrarles a sus padres que no bromeaba. Sin embargo, al correr la ropa que lo cubría, no la encontró allí, ni del otro lado. El bulto abrió los ojos celestes pero no brillaban, no vibraban en la misma sintonía que los suyos, pero ella no había mentido, lo había visto...

En ese momento supo que ese no era su bulto, esa criatura no era de su familia y miró alrededor buscando a alguien que pudiera ayudarla pero todos estaban inmersos en las formalidades y las delicadezas de la nobleza. Además nunca le hubieran creído, no cuando esa era la clase de bromas en las que solía deleitarse.

Solamente pudo pensar en una persona capaz de responder sus preguntas y de recibir sus demandas. Salió del cuarto lo más discretamente que pudo y se escabulló al despacho de Amelie que había visitado con ella en sus muchas idas y venidas. Las enormes puertas de cristal eran opacas y tenían un tallado de soles y rayos tan vivaces que bien podrían haber estado moviéndose. Entró sin más y lo que encontró le terminó de confirmar que estaba en lo cierto.

Algo extraño estaba sucediendo.

Amelie no estaba sola, un hombre bajo y menudo con cara de amargada solemnidad le hablaba desde el otro lado del escritorio de madera oscura. Estaban visiblemente ofuscados pero no entre ellos, solo pudo escuchar un par de frases antes de que la sacerdotisa la viera y ambos cortaran la charla en la que habían estado inmersos. Lo único que pudo atinar a hacer cuando la atención de ambos se fijó en ella fue obedecer las reglas de etiqueta y presentarse.

— Mi nombre es Amanda, él es mi corcel, Azabache – dijo señalando el aire que ocupaba su semental imaginario y pensó que quizás no fuera prudente hablar de juegos cuando buscaba que la tomaran en serio.

Los dos adultos allí reunidos la observaron con curiosidad, la de Amelie era tintineante y amable, la del hombre era fría y calculadora.

— Estábamos jugando a las carreras cuando notamos unas sombras en el pasillo – les explicó tratando de aclarar la situación – y ahora se llevaron a mi bulto.

La última palabra había salido sin pensar y el rubor de su cara había sido indisimulable. Amelie contuvo una risita y el hombre menudo levantó una ceja con recatada diversión.

— ¿Tu hermano no está con tus padres? – preguntó la mujer con preocupación.

— Hay un niño con mis padres pero no es mi hermano – aclaró Amanda vehemente.

Amelie frunció el entrecejo y se levantó de la silla que había ocupado con un movimiento grácil y elegante. El hombre frente a ella también lo hizo, resaltando así su corta estatura, parecida más a la de la niña que a la de la mujer que tenía enfrente.

— Hola Amanda, es un placer conocerte – la saludó él con una intriga que salía por sus entrecerrados ojos grises – mi nombre es Wayl Gontrade, soy el Señor del Norte.

Ese hombre chiquito era el gran Señor del Norte... su expresión debió haberla delatado porque el hombrecito sonrió casi resignado y le tendió la mano. Sin pensarlo dos veces la estrechó.

— ¿Qué es eso que te hiciste en la frente? – le preguntó con una voz analítica.

— Me di un solazo – le respondió sin pensar.

Ambos adultos alzaron las cejas y el Señor del Norte sonrió con astucia.

— ¿Un qué? – preguntó Amelie divertida.

— Un golpazo – se corrigió abochornada.

Entonces Wayl se aclaró la garganta con solemnidad y la observó detenidamente como si pudiera ver algo que los demás no.

— Hay cosas acechando al mundo, en mi Fortaleza estoy necesitando la ayuda de una pálida doncella y su fiel corcel – ofreció el mago.

— Tengo que preguntarles a mis padres – respondió ella casi automáticamente.

Ya se había metido en muchos líos por aceptar invitaciones sin consultarlo con sus padres primero y no creía que esa fuera la excepción. Incluso si era de un poderoso mago.

— Es lógico, y si todos están de acuerdo podrías venir conmigo al Norte, como aprendiz.

Aprendiz... la palabra sola era una propuesta, una pregunta, una invitación. Asintió débilmente, encuadró los hombros y tomó al mago por

la muñeca, eso era como los cuentos que su madre le contaba. Un estremecimiento la sacudió.

— Sería un placer, maestro.

~

La Princesa Perdida

3839

Sentía los segundos transcurriendo lentamente y escapándose entre sus dedos como el agua. Su última esperanza se estaba escurriendo mientras el tiempo pasaba despacio haciéndolos agonizar. No tenían más ideas ni pistas ni opciones.

Habían contado con que los reyes se rindieran, que no continuaran el ataque y cedieran ante las condiciones de Reucis pero Jiuew se había unido a la batalla. Sus viejos aliados no habían escuchado la noticia del secuestro y se habían lanzado a la matanza. Las tropas del reino enemigo habían sido aniquiladas y habían ganado la guerra pero a un alto costo. Los reucos tenían sed de venganza y la pequeña princesa iba a sufrir las consecuencias. Nadie iba a poder salvarlos a tiempo, aquella era una de las fortalezas más protegidas del reino. Casi impenetrable.

Ethel yacía en el piso con el rostro demacrado por el hambre y el agotamiento, con la espalda apoyada contra la pared dejó caer la cabeza entre sus rodillas. Su pelo oscuro y sucio caía como una manta vieja y opaca a su alrededor, la vacía funda de su espada descansaba a su lado medio muerta e incompleta. Tenía los puños apretados e impotentes a los costados de su cuerpo y su corazón no sabía si latir con fuerza o darse por vencido.

Los barrotes de la ventana eran inamovibles sin importar cuanto los golpeara y la puerta era de acero macizo. Su insistencia y testarudez le habían costado un terrible dolor de hombro y un par de huesos rotos pero nada de eso importaba, el dolor era un viejo amigo y un recordatorio de que todavía estaba viva. Klaus se había negado a ayudarla, decía que la fuerza bruta no servía de nada y que debían idear un plan pero... ¿Qué plan? No había forma de salir.

— Si es imposible salir, ¿por qué continúas embistiendo las paredes como un animal salvaje e irracional? – preguntó su general para hacerla entrar en razón.

Sus palabras la golpearon y fue incluso peor que recibir un puñetazo. Era una clase de dolor al que no estaba acostumbrada, una emoción que no podía terminar de definir, un trago desagradable... Pero no fue eso lo que

respondió sino su orgullo y levantándose con un milagroso impulso de energía, cruzó el poco espacio que los separaba. La princesa miraba sentada en un rincón intentando comprender lo que sucedía con sus grandes ojos inocentes.

El hombre había ido a rescatarlas solo para terminar en la misma celda, la gran espada del rey en manos de sus enemigos. Esa idea le hacía hervir la sangre.

— Voy a luchar hasta mi último suspiro, hasta que la fuerza me deje por completo – le respondió con cada gramo de rebeldía que le quedaba en el cuerpo – Quiero que sepan que pueden encerrarme, pueden encerrarnos a todos pero nunca van a romper nuestro espíritu.

— ¿Y la princesa? – dijo Klaus y agregó en un susurro apenas audible, incluso para ella – Se supone que nuestro deber es cuidarla...

— Lo único que nos queda es morir con un poco de dignidad, morir peleando, Mireya va a morir también – respiró profundo y miró al general con total franqueza – le fallé, no pude protegerla...

Se le rompió la voz, tenía los ojos llenos de lágrimas. Ese impulso de energía rebelde se desvaneció tan rápido como había aparecido y Ethel tuvo que apoyarse contra una pared para no caer. Había fallado, les había fallado a todos.

Mireya se acercó entonces, se frotó los ojos con el dorso de la mano y se enderezó rápidamente como si recordara que era una princesa y siguiera queriendo actuar como tal. Sus trencitas rubias estaban deshechas y sus zapatos manchados. Se había dejado a Felpa, su oso de peluche favorito, en la habitación y el pijama estaba destrozado, aun así mantenía la frente en alto.

— ¿Vamos a morir hoy? – preguntó intentando sonar valiente y despreocupada.

— No – dijo Ethel firmemente y sin pensarlo – estos hombres nunca te dañarían. Eres una princesa, Mireya, nunca lo olvides.

Hubiera hecho cualquier cosa por reconfortarla, no porque fuera su princesa o porque ese fuera su deber sino porque Mireya, con sus ojos dulces y su voz inocente, se había ganado su corazón. En un inicio su relación había sido complicada, como guardia, ser encomendada con la tarea del cuidado de la princesa era un honor pero no era para lo que había entrenado. Satisfacer los deseos de la niña no había sido tan simple pero con el correr de los días... se había encontrado encariñada a los interminables juegos y las amplias sonrisas que regalaba con gentileza.

— Sí, ese es el problema, ¿no?

Al oír eso sintió que las palabras se le atascaban en la garganta. Era demasiado astuta. Tuvo que contener lágrimas de nostalgia que amenazaban con derrumbarla, tragarse la angustia atorada.

— No, podría ser la solución – contestó la guardia sorprendiéndose a sí misma.

Estaba hablando sin pensar, dejándose guiar por el instinto que la había mantenido viva todos esos años y que todavía luchaba, no por su propia vida, sino por la de la niña con el pijama roto y la inocencia robada.

— ¿Es posible que el problema sea la solución? – inquirió la niña un poco confundida y... divertida como si ese fuera uno más de sus juegos.

Una sonrisa ahuecada asomó en su cara y encendió sus ojos verdes una vez más, tan hermosa, capaz de reír en un calabozo oscuro y polvoriento. De pronto una idea alocada hizo que un impulso de esperanza le recorriera la sangre.

— ¿Por qué tiene una ventana en la boca, princesa? ¿Qué le pasó a sus dientes? – exclamó la joven con un creciente repiqueteo en el pecho.

Se arrodilló a su lado para quedar a la misma altura y continuó con su plan espontáneo y temerario. Era increíble ver un trazo de alegría en su rostro, aquella dicha que diluía el miedo que intentaba disimular. Saber que su única esperanza acabaría con la vida de la niña tal y como la conocía le rompía el alma, pero era mejor intentarlo.

No quedaba mucho tiempo.

— Se me cayeron y un hada me dio una moneda, ¡fue increíble!

Otra vez una chispa en sus ojos y su sonrisa pareció iluminar la habitación. Sus pequeños brazos levantándose con emoción mientras narraba el mágico encuentro. Con sus diminutos dedos desabotonó el bolsillo de su pijama y sacó una pesada moneda dorada y dejó que reluciera como el tesoro que era.

— Hay quienes dicen que esas monedas conceden deseos, ¿sabía? – Ethel lo comentó con cierta picardía, bajando un poco el tono de voz, como quien revela el secreto mejor guardado.

Klaus observaba a la muchacha que minutos antes había sido su soldado y que se había convertido en la mejor amiga de la princesita en cuestión de segundos. Esa unión tan fuerte que tenían, la forma en que el dolor y la frustración desaparecían de su corazón cuando le hablaba a Mireya. Había cierto brillo en su mirada, amor, arrepentimiento... no podía saberlo

con certeza.

— ¿Eso es en serio? – Exclamó con los ojos muy abiertos – ¿Realmente conceden cualquier deseo?

— Sí, claro, pero no son fáciles de usar. Mire, mire las lunas – explicó guiando a Mireya hasta la diminuta ventana en un costado de la celda – hay que pensarlo muy bien. ¿Lista?

Mireya parecía dubitativa, alternaba la mirada entre la moneda que llenaba su palma y su guardiana que sonreía. Ethel era buena escondiéndolo pero él podía notar la tensión en su cuerpo, ese deseo podía ser la única manera de salvarla pero no iba a funcionar si la princesa no hacía su parte. Las lunas brillaban intensamente en el cielo despejado, Mireya tenía los ojos cansados, se le cerraban con la pesadez de una noche de sueño interrumpido. Klaus observó cómo la tenue luz azulada bañaba a las dos niñas sentadas sobre las piedras negras, a fin de cuentas ambas eran jóvenes y había fallado en su misión de salvarlas.

Se acercó a ellas para escuchar a Ethel hablar, podía ser terca y un poco intratable pero su tranquilidad se contagiaba.

— Lista...

— Cierre los ojos – le indicó mientras la levantaba y la subía a su regazo envolviéndola con los brazos – ¿Alguna vez jugó a ser grande?

La de las monedas era magia específica y altamente desconocida, no se sabía cómo ni por qué aparecían, no todos los niños obtenían una y nadie sabía con qué criterio se escogían los elegidos. Sin embargo, se conocían ciertas limitaciones, no confería deseos de distorsión de tiempo y espacio, no podía sacarlos de la celda. Pero quizás... escuchándola hablar supo que había una mínima posibilidad de que Mireya pudiera escapar.

— Ajá.

— Bueno, vamos a jugar a eso ahora – hablaba como quien calma a un animal nervioso pero no por la niña, el temblor de sus dedos delataba el nerviosismo que intentaba ocultar – imagínese grande, fuerte... como... como yo.

Su sugerencia había sonado casual pero Klaus sabía el poder que tenían las palabras, los nombres. Se escucharon voces al final del pasillo y pasos firmes, calculadores, acercándose a la celda. El ruido de la llave en la cerradura le aceleró el pulso pero se obligó a calmarse.

— ¿Le gustaría ser como yo? – Continuó con un leve cambio en la voz pero sin apurarse demasiado por miedo a romper el hechizo entre ellas – El deseo, princesa.

La puerta se abrió con un chirrido desagradable, pasos pesados, el tintineo de las cotas de malla y... un frío metálico contra su cuello. El filo de la espada lo inmovilizó al instante y le quitó las ideas locas de la cabeza. Conocía la hoja que lo amenazaba, esa era su espada usada en su contra, la espada que su rey le había dado con la orden de recuperar a Mireya. A los reucos les gustaba la ironía. La niña levantó la vista con determinación al escucharlos.

— La princesa, ahora – demandó en tono glacial uno de los soldados que había entrado mirando a Ethel con autoridad.

Klaus supo que algo había cambiado. La muchacha miraba consternada alrededor, estaba perdida, confundida como si estuviera viendo al mundo por primera vez. La vio sorprenderse cuando de entre sus brazos salió la pequeña princesa con sus trenzas rubias despeinadas, y aún vestida con su pijama de flores rosadas, como si no supiera que la había estado sosteniendo. Entonces Mireya miró al guardia desafiante y caminó hacia él con la frente en alto. No gritó ni lloró cuando un hombre la agarró brutalmente y la arrastró fuera. No pidió auxilio, no hizo nada más que dejarse ir con resignación.

— ¡Mireya! ¡Princesa! – gritó Klaus mientras se abalanzaba contra los guardias que lo detuvieron con brazos de hierro y lo empujaron dentro de la celda otra vez.
— Ethel...

Fue un sonido débil, rasposo y dolorido, apenas un suspiro pero lo hizo volver la cabeza. Entonces comprendió. Ethel lo había conseguido en esos segundos previos a que irrumpieran en la celda.

Mireya, sentada junto a la ventana derramaba lágrimas en un rostro que rara vez las había visto. Se abrazaba a sus rodillas como si quisiera llenar el vacío que había dejado ese otro cuerpo entre sus brazos. Pero así como se había hundido en sí misma, la niña levantó la cabeza, se secó las lágrimas y lo miró con decisión. Era algo trémula y temerosa, en nada parecida a la fiera determinación que había definido a Ethel pero era un cambio bienvenido en esas circunstancias.

— Necesito... necesito un vaso de agua – dijo al guardia que estaba por cerrar la puerta – por favor.

Klaus entendió al instante y, cuando el guardia entró y cometió el error de darle la espalda para enfrentarla a ella, no dudó. Con una profunda respiración, estampó su cabeza contra la pared de piedra y ni siquiera se estremeció al escuchar el crujido del cráneo contra la piedra. La princesa se puso en movimiento antes de que el cuerpo terminara de caer.

El otro guardia en su puerta entró al escuchar ruidos extraños y fue Mireya la que se abalanzó hacia la espada del soldado caído y embistió. Los años de entrenamiento de Ethel le habían dado al cuerpo memoria muscular y reflejos capaces de hacerla reaccionar en las situaciones más difíciles. La princesa desarmó a su oponente y lo atravesó con la hoja de su espada.

Por un momento se quedó observando consternada cómo la sangre brotaba de la herida. Klaus tuvo que tomarla del brazo y tirar de ella para que comenzara a correr, no podían perder los valiosos segundos que el sacrificio de Ethel les había comprado. En ese mismo instante iban a estar muy concentrados en reclamar su venganza y en hacer un espectáculo de la ejecución de la niña. Era la oportunidad perfecta para escapar, especialmente porque los reucos no los consideraban más que inútiles escoltas del verdadero premio.

Corrieron escaleras abajo y salieron al frío de la noche a través de la rejilla que él había usado para infiltrarse. Una lluvia de flechas se precipitó sobre ellos y sus piernas corrieron más rápido, zigzagueando entre los proyectiles. Afortunadamente las de Mireya también, obedecían sin duda alguna al instinto que Ethel había dejado atrás. Una turba de guardias se acercaba cada vez más, afortunadamente las armaduras los frenaban considerablemente pero tarde o temprano los iban a alcanzar. Quizás había subestimado la importancia que tenían para los reucos, o el poder de su orgullo herido.

Miró alrededor, la fortaleza no estaba lejos de la frontera, no estaban a más de un par de kilómetros del lago que marcaba el límite entre los reinos. Pero estaban cansados, hambrientos, heridos, no iban a lograrlo. Klaus extendió la mano en un pedido silencioso, en el apuro por salir no había atinado a levantar un arma por el camino. Mireya parecía inclinada a protestar y poco pudo hacer para no pensar en Ethel y su espíritu rebelde, sin embargo le entregó la espada del primer guardia caído sin oponer resistencia.

Él la miró por un segundo antes de tomarla, habían sido otras las manos que se la habían otorgado tan solo días atrás y las había decepcionado. No podía volver al castillo con el honor intacto, no podía volver sin su sobrina. Había jurado salvarla aun a costa de su propia vida, había jurado llevarla a casa sana y salva. Ya era tarde para eso, la vida de Mireya había cambiado para siempre y lo único que quedaba por hacer era darle tiempo para escapar.

Incluso si los gritos se convirtieron en algo más. Algo que dificultaba mucho la tarea que tenía por delante.

— Pase lo que pase, no pare de correr – le ordenó unos segundos antes

de voltearse hacia los enemigos que se acercaban peligrosamente.

Una vez solo permitió que los recuerdos lo abrumaran y que distorsionaran cada uno de sus sentidos. Era a Emma a la que escuchaba, salida del vientre de su madre, la criatura más magnífica que había visto en su vida. Los soldados lo estaban alcanzando, gritaban órdenes en código para que no los entendiera. Ella también había gritado ese día y dejó salir la tristeza de saber que jamás iba a volver a verla. *Jenna, Jenna, ¡es hermosa!*

La sangre del primer soldado le roció la cara, había sido joven, no más que un muchacho, veloz y deseoso de probar su valía. Los primeros pasos de Emma habían sido iguales, llenos de vigor aunque algo tambaleantes. Siguieron viniendo pero Klaus ya no los veía, veía a una pequeña sentada al piano, tocando melodías con sus dedos diminutos. Oía sus frases incoherentes, sus palabras inventadas, sus risas mañaneras.

Comenzó a retroceder sabiendo que Mireya ya estaba lejos de allí, si lograba llegar al lago tenía alguna posibilidad de escapar. No eran más que unos cientos de metros pero era como si un abismo se abriera en medio, las distancias se alargaban como si no fuera más que un niño aprendiendo a caminar. Pero Emma había estado llena de una fiera determinación y él no estaba dispuesto a dejarse ir todavía.

Y cuando a orillas del Ohmen lograron desarmarlo, cuando los caballos lo rodearon relinchando su odio y la espada erudita cayó en las profundas aguas del lago, Klaus se derrumbó. Su grito fue como el de Jenna aquel día unos años atrás, ella daba vida. Él, de algún modo, también. Esperaba que estuviera orgullosa.

Mireya no paró de correr, ni siquiera miró atrás. No paró de correr ni cuando sus piernas ardieron y se quedó sin aire. El dolor que le recorría el brazo no era suyo, le dolía más que nada en toda su vida pero este cuerpo lo reconocía y la reconfortaba para que no pensara en eso. Así que no paró de correr. Ni siquiera cuando su consciencia se desvaneció. Entonces la guió el instinto, ese que no era suyo pero era su hermana y la voz que la calmaba.

No recordaba haber hecho una parada pero despertó cubierta en hojas y tierra. Entonces la verdad de todo lo que había sucedido la golpeó como un yunque. Sonó como la cabeza del guardia contra la piedra, se sintió como la espada atravesando piel y músculo. Todavía veía a una pequeña niña de trenzas rubias siendo brutalmente arrastrada por el piso de piedra y casi podía sentir su dolor, esa debería haber sido ella. Todavía veía la expresión adusta de Klaus demandándole la espada, esa que se había sentido familiar en sus manos y se había visto poderosa en las de él.

Resguardada por los árboles, las lágrimas empañaron sus ojos y arrastraron la tierra de su cara.

Estaba muy lejos de casa.

Su llanto fue el de una recién nacida.

En la oscuridad de la habitación en una torre ya lejos de allí, tan solo iluminada por un tenue rayo proveniente de la minúscula ventana, brilló una moneda y se desintegró.

~

La Cueva

3840

— *¡Ela! – gritó su padre desde la puerta de la habitación del hospital.*

La habían hecho quedarse en la sala de espera porque no se permitían niños en la sala de partos. A Neil lo habían dejado con la abuela, él solo tenía cinco pero ella ya era lo suficientemente grande como para estar allí. Muy emocionada fue corriendo al lado de su papá para conocer a su nuevo hermanito.

— *Hola Ela, preciosa – dijo su madre emocionada, tenía un bebé que lloraba en brazos – él es Ysak, tu hermano.*

Ella trepó a la cama y se acercó a Ysak con ojos curiosos. Tenía poco pelo en la cabeza, su mamá ya le había explicado por qué. Los bebés eran extraños aunque tenían su encanto.

— *Llora mucho – contestó ella.*

— *Sí, amor, los bebés lloran – respondió su padre con una sonrisa mientras le acariciaba la cabeza.*

— *¿Está triste? – preguntó con el ceño fruncido.*

— *No, llora porque no entiende, porque de repente todo cambió.*

Eldana despertó de su sueño, hacía cuatro años de aquello y le parecía una eternidad. Hasta su última noche en la casa se le hacía lejana, en su cabeza no era más que otra imagen polvorienta, así como el nacimiento de su segundo hermano. Sin embargo solo habían pasado algunas septenas desde su partida.

Su madre siempre le había dicho que el tiempo era algo raro, un segundo puede durar horas y un día puede pasar como un suspiro. Tanto había

cambiado que sentía que ya no era la niña que había huido de casa, se sentía diferente y el recuerdo estaba amortiguado como si hubiera sido en otra vida.

Recordaba discutir mucho con su padre aquel día (pocas lunas atrás) sobre los ataques y su situación, la de sus hermanos y la de sus vecinos. En un pueblo de mala muerte como aquel no había nadie que los protegiera, el reino no tenía recursos para gastar en sus aldeas más pobres y recaía en ellos la responsabilidad de protegerse. Él alegaba que, por su edad, ella no estaba invitada a opinar y eso la había hecho rabiar. Era frustrante que desmerecieran su opinión cuando estaba siendo la persona más sensata y racional de la habitación. Sin embargo, estaba cansada de esperar de brazos cruzados, iba a hacer lo correcto con o sin su aprobación.

No hay nada que podamos hacer había dicho su padre. Era una de sus frases preferidas de hecho y nunca había entendido si realmente lo creía o si lo decía para lavarse de culpas. *Claro que podemos* le había gritado a todo pulmón ese día. Desde que tenía uso de razón la habían convencido de que no había nada por hacer, de que mirara para otro lado y dejara a los demás a su suerte. Ella había encontrado maneras de incumplir esos absurdos mandatos, un pan repartido a manos hambrientas, una bolsa de ropa dejada en uno de los abarrotados hogares de niños. Pero no había sido suficiente, no cuando los ataques habían comenzado.

Esa noche, cuando habían encontrado los cuerpos sin vida de toda una familia en las polvorientas calles del pueblo, supo que tenía que hacer algo más. Algunos niños habían desaparecido, niños especiales nacidos con marcas y magia. Niños como sus hermanos. Ya no solo era por la gente de su pueblo, razón suficiente para querer ayudar, sino también era por su familia. Nadie ni nada iban a detenerla esa vez.

Su madre no había emitido palabra, oculta como estaba tras la sombra de su padre, pero Ella había visto el brillo en sus ojos. Su mamá siempre había sido una mujer muy sabia y esa noche, después de que se fuera a acostar, fue a darle un beso, la arropó en sus brazos y le cantó una canción de cuna que solía cantarle de bebé. Parecía saber lo que iba a pasar, la triste dignidad de su rostro lo decía sin necesidad de palabras. Cuando todos se fueron a dormir salió por la ventana y no miró atrás.

Por un momento le pareció sentir el calor de su cuarto, la comodidad de su cama pero los recuerdos se esfumaron y el frío volvió a instalarse en sus huesos, tenía muchas ganas de llorar. Amaba a su familia y esa era la única forma que tenía de protegerlos, de hacer lo correcto para todos, aunque hubiera preferido no tener que separarse de ellos en el proceso.

La noche estaba helada y el sueño hacía horas que la estaba esquivando así que decidió seguir caminando hacia el este. Normalmente esperaba al

amanecer para guiarse pero ya se sentía lo suficientemente confiada como para continuar siendo aún de noche. Llevaba varios días caminando, ya casi no le quedaban comida ni monedas y era prácticamente imposible encontrar algo en aquel paisaje desolado.

El hambre no le era algo ajeno pero la incertidumbre se le hacía difícil de soportar y ese era un viaje a ciegas, se guiaba por un mito y poco más... A veces, cuando ya no tenía fuerzas oía la dulce voz de su madre, el viento le recordaba el Lucerito de la canción y la animaba a seguir.

Ella había sabido que el viaje era peligroso y largo, era obvio que no se había parado a contemplar debidamente lo que eso significaba pero ya estaba allí y el único camino se encontraba hacia el este.

Al anochecer del cuarto día encontró en la entrada del bosque de Réquiem (conocido popularmente como el bosque de los muertos), después de tanto desierto algo de vegetación era una bocanada de aire fresco. Sin embargo, pasó un día entero antes de que encontrara frutos comestibles que recolectar y seguía sin encontrar agua, su última cantimplora estaba peligrosamente vacía. Sabía que eso era lo más importante, no podía quedarse sin agua. Estando tan cerca de la frontera con Zauth no perdía la esperanza de encontrar un río pronto.

Ese lugar tenía una energía extraña, algunos árboles tenían caras talladas sobre la corteza y muchos yuyos y flores en las raíces. Esos árboles eran los más altos y sus ramas daban la sensación de acariciar las estrellas. Le gustaba cómo el viento susurraba palabras prohibidas contra las hojas y cómo, por las tardes, los últimos rayos de luz dorada se filtraban entre las ramas creando figuras alargadas y extrañas. Sin embargo, por las noches se volvía inquietante por lo menos y era peor cuanto más se adentraba.

Una noche se acomodó debajo de un roble particularmente grande e intentó encender una fogata pero sus esfuerzos fueron inútiles. Nunca se le hubiera ocurrido agarrar el pedernal de su casa, no se había dado cuenta de su importancia. Tenía las manos rojas de tanto frotar ramas con piedras, ramas con ramas, piedras con piedras y hasta había intentado frotar dos ramas contra una piedra y había acabado con un golpe en la frente. Las de su casa prendían sin mucho esfuerzo, había visto a su madre hacerlo todas las noches pero, por algún motivo, esas no funcionaban.

Estaba tan frustrada que se incorporó y dirigió una mirada furiosa a la hoguera que había armado de palos y hojas, la fulminó con la mirada como si pudiera encenderla con el fuego de sus ojos. Nada sucedió. Había esperado que la magia brotara de ella y tuviera alguna prueba de su valía para llevar a la Torre pero esa noche tuvo que valerse solamente de la

pequeña manta que había llevado consigo.

Había comenzado a caer dormida cuando un extraño sonido la puso en alerta y comenzó a mirar a su alrededor tratando de identificar de dónde provenía. Era una clase de... gruñido. Primero vio los ojos amarillentos, felinos; después el pelaje de colores brillantes, una nube encandilante de color; por último se fijó en sus dientes, en los colmillos que sobresalían como dagas de sus bocas. Nunca había visto esa clase de animal pero estaba rodeada de ellos, eran enormes como tigres, tenían un aire majestuoso y olor a muerte.

A pesar del terror que inspiraban, eran hermosos, pero su belleza parecía disiparse en la misma medida en que el miedo aumentaba. Sin previo aviso se lanzaron sobre ella. El grito perforó el aire de la noche y se preparó para un dolor agudo e insoportable pero nada sucedió. Se atrevió a abrir los ojos y notó que las bestias se habían quedado a pocos metros de ella, uno de ellos intentó avanzar nuevamente y algo lo detuvo como si hubiera alguna clase de barrera que la separara de ellos. Aprovechando ese segundo de desconcierto, Eldana corrió desesperadamente en busca de algún refugio.

No supo cuánto tiempo había corrido ni en qué dirección y no se detuvo hasta cerciorarse de que ya no la seguían. Le ardían el pecho y las piernas, sentía que no había suficiente aire en el mundo que pudiera alcanzarle para recuperar el aliento y le temblaban las rodillas de puro terror.

Continuó caminando incluso después de notar que sus cazadores habían abandonado la persecución, no se sentía capaz de quedarse quieta. Ni de dejar de mirar sobre su hombro. Una de esas distracciones hizo que tropezara con una raíz y rodara unos metros entre hojas y piedras, finalmente se levantó algo mareada y buscó un lugar donde ocultarse para poder dormir. Estaba cansada y desorientada, seguir andando hubiera sido completamente imposible y altamente desaconsejable.

Entonces notó dónde estaba, parecía una cueva pero un vistazo hacia el cielo le hizo dar cuenta de que estaba formada por ramas entrelazadas. Era como si estuvieran tejidas unas con otras, era imposible distinguir dónde empezaba una y terminaba otra. El piso era de piedra lisa y suave y tenía símbolos extraños e inteligibles en los bordes como una guarda protectora. En el centro había un dibujo que sí reconoció, era uno de los símbolos mitológicos de los que su abuela solía hablar y que a ella le recordaba a un ojo. De ahí salían hendiduras que recorrían la piedra surcadas por corrientes de agua cristalina que se perdían en el bosque y regaban la tierra.

Del símbolo, como formada por el agua que brotaba de él de manera misteriosa, comenzó a surgir una difusa figura blanca y Ella retrocedió,

momentáneamente atemorizada. La observó con cautela mientras tomaba forma y se convertía en una mujer vaporosa de semblante amable. La mujer habló, su voz sonaba como el más suave de los susurros, la más fresca de las brisas. Era la lluvia cayendo sobre un colchón de hojas, las patas de un conejo sobre tierra húmeda, inundaba todo con su presencia pero era algo íntimo como si solo Eldana pudiera sentirlo.

Bienvenida a mi santuario anunció la figura con una sonrisa traviesa, tardó en entender que la voz estaba en su cabeza. En ese momento comprendió quién era y la piel se le erizó de pies a cabeza. Solo había una criatura capaz de semejante aparición y era la protagonista de sus plegarias y celebraciones que, aunque en su pueblo fueran modestas, eran de vital importancia. Ela hincó una pierna en la piedra y se inclinó haciendo una reverencia.

¡Levántate! Que tu fuerza y espíritu ante nada ni nadie deben doblegarse, exclamó la diosa. *La Torre yace cerca, pero ese es solo el inicio de tu viaje.*

— Señora, mi nombre es Eldana, Eldana Magpipe – contestó temblorosa Ela al tiempo en que se levantaba.

Habló en voz alta porque no sabía cómo comunicarse de otra forma pero la diosa la entendió de todas formas. *Conozco tu nombre, mi valiente, y estoy segura de que, algún día, todos lo harán. Ahora descansa que aquí las pesadillas no pueden tocarte y al amanecer continúa tu trayecto que ya no ha de ser tan largo.* La figura se inclinó sobre ella y rozó su frente con labios de luz y simplemente desapareció.

Las palabras dichas quedaron suspendidas en el aire. Durmió profundamente esa noche, como no había dormido en septenas, ni el frío ni el miedo interrumpieron su milagroso descanso. Despertó con el sol, fresca como una lechuga para seguir su travesía, estaba por continuar caminando cuando notó la criatura esperando por ella.

El caballo, blanco como la luz de la diosa, se acercó a ella y se inclinó sobre las aguas del templo para beber. Eso le dio una idea y lo imitó, el encuentro la noche anterior le había borrado de la cabeza las necesidades que tan apremiantes le habían parecido pero volvía a sentir una sed que le agrietaba la garganta. Una vez saciada y llenas sus cantimploras, el caballo le permitió subirse y juntos emprendieron la marcha.

Al atardecer, los árboles empezaron a estar cada vez más distanciados unos de otros y dieron espacio a un extenso claro. Ese era el Claro de Primavera, donde los pastos crecían más fuertes y verdes y la ligera brisa hacía que las hojas de los árboles susurraran y bailaran y que los pétalos de todo tipo de flores se arremolinaran como huracanes de brillantes colores. Allí sonaba la música propia del viento, era el lugar indicado, sin

embargo, no había ninguna torre. Ni un ladrillo, ni nada que pudiera asemejarse.

No tuvo más remedio que esperar. No había ido hasta allí para que el lugar estuviera vacío. Estaba convencida de que la torre aparecería, tenía que aparecer. Los segundos jugaban con ella, le bailaban alrededor esquivándola cerca, negándose a dar paso a las horas. No se atrevió a bajarse del inmenso caballo que la sostenía y trató de serenarse recordando la hermosa figura de luz, la sensación de las palabras susurradas contra su mente. Luego de lo que le había dicho no podía ser que se hubiera equivocado de lugar.

La luz comenzó a atenuarse y notó cómo las orejas del animal se movían con atención, ella se enderezó bruscamente sobre el lomo y observó vigilante. Un par de pajaritos negros de pecho rojo que la miraban con curiosidad salieron volando al verla moverse. Seguía sin pasar nada, quizás no había Torre, quizás la mujer había sido producto del golpe que se había dado, quizás se iba a morir de hambre tratando de volver a casa o la iban a comer los animales del bosque.

De pronto, el suelo empezó a temblar suavemente y los últimos rayos del sol dibujaron la silueta del altísimo torreón. Coronándolo había un símbolo, el mismo de la fuente en el santuario, que repartía rayos blancos en todas direcciones. Estaba construida con piedras lisas y perfectas de un color azul cielo, tenía una hilera de ventanas por las que el viento soplaba a modo de flauta, era de allí de dónde provenía la música.

Le llamó la atención que no hubiera ni una puerta. Estaba considerando cómo adentrarse cuando un arco de luz azulada se formó y por ella salió un hombre calvo y de larga barba negra. Estaba ataviado con una túnica celeste y llevaba un cetro de la misma piedra que la Torre. Él la contempló y caminó hacia ella con decisión.

El mago sabía que había alguien esperando a los pies de su Torre y, al verla, salió a su encuentro. Erguida en su gran caballo blanco mostraba un temple rara vez visto en jóvenes como ella. Tenía el sol a su espalda y los rayos creaban un halo a su alrededor trayéndole a la mente la respuesta a una pregunta que se había formulado por años. Ella había llegado.

— Bienvenida a la Torre del Este, mi nombre es Salomon Hiwe – se presentó al plantarse frente a ella – soy el Señor del Este, te estaba esperando.

Capítulo 2

Capítulo I

Las sombras del pilar

3835

El chocar de las espadas resonaba en el patio en el que su primo, Orión, entrenaba. A principios del verano su padre lo había nombrado su protegido y lo había traído al palacio a entrenar y, aunque no lo decía abiertamente, a convertirse en su heredero. De pronto su hogar se había llenado de sirvientes, instructores y guerreros que no hacían más que consentir y ayudar al potencial futuro rey.

No podía evitar sentirse un poco celosa de toda la atención que recibía, sobre todo de su propio padre que jamás les había demostrado esa clase de interés a ella y a su hermana. Sin embargo, su primo no era responsable de nada de lo que le sucedía, él todavía estaba ajustándose a la locura de la vida en el palacio.

Orión se movía rápido y esquivaba todos los golpes que su maestro le tiraba, era solo unos años más grande que ella y fuerte como un toro. En una veloz maniobra logró tumbar a su oponente y su atención se fijó en Andrómeda, la saludó con una sonrisa radiante y un rápido gesto de la mano que disimuló secándose el sudor de la frente.

Aunque soplaba un viento frío característico de Berylth, el sol estaba en su cenit y hasta ella, escondida en las sombras de los pilares, estaba empezando a sudar. El instructor se percató de su presencia y frunció el ceño pero no dijo nada, era lo suficientemente invisible e insignificante como para no representar un inconveniente mayor. Simplemente golpeó a su primo en la cabeza para atraer su atención y eso fue todo, continuaron como si nada.

Esos días se sentía insignificante, no había mucho para hacer para una princesa de siete años salvo escapar de las tutoras que trataban de encajarla en ajustados vestidos y enseñarle a servir el té. Eirini, como siempre, había ido a internarse en la biblioteca para buscar información sobre alguna hierba a pedido del médico de la corte. De alguna manera se había hecho indispensable para él y para Finna, la partera, que siempre pedía su asistencia.

Ella no tenía esa habilidad, nadie la necesitaba, su existencia pasaba inadvertida para casi todos en el palacio, y aquellos que sí la buscaban eran los únicos que no deseaba que la encontraran. Así que había pasado sus días leyendo sobre las aventuras de Sir Arnoldo, encerrada en su

habitación, hasta la llegada de Orión. Entonces había pasado a leer en el patio mientras lo observaba.

Desde siempre había sentido gran aprecio por su primo pero en el último tiempo se habían vuelto muy cercanos. Los primeros días de su traslado habían sido los más difíciles, él se encontraba perdido y asustado, ella le había mostrado los secretos del castillo, sus escondites favoritos y los lugares que era mejor evitar. Juntos se habían reído de la cocinera y del comandante que caminaba muy derecho, y poco tiempo le tomó ajustarse a sus travesuras.

Ella lo distraía de las exigencias de su padre y de sus tutores, que lo perseguían a todos lados con las lecciones de historia. A cambio, él le enseñaba a usar la espada y a pelear cuando nadie los veía. Era un arreglo más que beneficioso para ambos, sobre todo porque disfrutaban enormemente de la mutua compañía.

Se apoyó contra una de las columnas, de espaldas al patio y abrió su libro porque no quería generarle más problemas a Orión. Pero no había llegado a terminar el capítulo cuando Eirini vino a buscarla.

– Necesito que me acompañes al bosque – dijo su hermana suavemente.

No la necesitaba, no realmente, buscaba darle cosas para hacer y ella no se quejaba. Era divertido ir al bosque y competir por quién encontraba qué planta primero, era divertido ver a su hermana en acción. Siempre le había gustado compartir tiempo con ella, le inspiraba seguridad, parecía saber perfectamente quién era y qué quería y trabajaba activamente para conseguirlo por más imposible que fuera.

Desde que tenía uso de razón, Eirini había querido estudiar en la universidad pero las pocas que había en el reino estaban reservadas para los hombres eruditos, ninguna mujer tenía permitido el acceso, ni siquiera una princesa. Eso no parecía importarle demasiado, se las había ingeniado para aprender y había hecho todo por llegar a donde estaba. Y era ni más ni menos que la asistente del médico de la corte, un gran honor.

Su hermana le extendió la mano para ayudarla a levantarse, ella era más que capaz de levantarse sola pero la tomó de todos modos y salieron del palacio sin soltarse. Ninguna llevaba vestido ni vestimenta real, de hecho cualquiera podría haberlas confundido con la hija de un granjero. De no ser por el pelo. Ambas tenían la cabellera blanca, desde la raíz hasta la punta, ese único rasgo las ataba por completo a su madre y delataba la sangre que corría por sus venas. Eirini lo llevaba largo y suelto, ondulándose hasta la cintura y resplandeciente como la luz de la luna. Andrómeda, en cambio, lo tenía corto, desprolijo, atado una cola de

caballo más semejante a la nieve sucia.

De las dos era la mayor la que tenía más semejanza con la realeza, la piel clara con un tinte rosado en las mejillas, los ojos fríos y azules como el hielo, la voz calma y firme, el aire que emanaba autoridad sin importar qué vistiera. Cualquiera podía decir que eran hermanas, el parecido era asombroso y, sin embargo, eran diferentes como el agua y el aceite. Andrómeda tenía la piel dorada de pasar el verano afuera, era delgada y fibrosa donde su hermana ya tenía curvas de mujer y sus ojos eran negros como la noche, como el carbón, como los del rey.

Hubiera dado lo que fuera por ser un poco más como Eirini, todos la apreciaban y la saludaban con reverencias mientras pasaban por la gran calle de azulejos. El amplio camino era el más conocido de Berylth y tenía incontables negocios y un enorme flujo de gente. Por suerte no había carretas, las carretas estaban prohibidas en el camino de azulejos porque podrían arruinarlo con sus pesadas ruedas y las herraduras de los caballos. Ni hablar de los pequeños regalos que dejaban los animales a su paso.

Era casi tedioso ver cómo la gente se agolpaba entorno a su hermana para besarle las manos u ofrecer sus respetos. Pero Eirini respondía con gracia y solemnidad, sin dejar de sonreír ni por un segundo. Ocasionalmente alguno de los campesinos se volvía hacia Andrómeda y su hermana le estrujaba la mano para recordarle que fuera amable y cordial, a veces con una fuerza excesiva.

Finalmente lograron alejarse de la multitud y acceder a las pequeñas callecitas de piedra que conducían a las afueras de la ciudad. Hubiera sido más rápido si cabalgaban pero su hermana se había negado, prefiriendo caminar.

– Es importante tener contacto con nuestra gente – le reprochó su hermana al notar el fastidio que emanaba de ella.
– ¿No debería hacerlo Orión? – masculló entre dientes.

Eirini la miró enfadada. Ambas sabían que su primo estaba en el palacio para quedarse, sabían que estudiaba política y economía, conocimiento que a ellas les había sido negado. Eso no impedía que su hermana sintiera gran orgullo por su título y amara a la gente del reino con su corazón soñador. Eirini se arrodilló frente a ella y tomó su cara entre sus manos, cálidas y delicadas pero con una fuerza admirable.

– No importa qué pase, no dejes que nadie te convenza de que este no es tu reino, tu ciudad – le susurró con una feroz determinación – esto es tuyo, Andrómeda, cuídalo como corresponde.

Luego de verla asentir en confirmación resumieron la caminata y Eirini solo le soltó la mano cuando llegaron al bosque. Después de una breve descripción de lo que buscaban, ambas se lanzaron a la cacería dejando la seriedad atrás.

Era tarde cuando por fin volvieron al castillo, llevaban las hierbas en una canasta que habían tejido con ramas verdes y estaban llenas de tierra y hojas de haberse revolcado por el suelo debido a un pequeño incidente con una abeja. Iban con los brazos entrelazados pero, ni bien entraron, Eirini fue directo a la sala del fisiólogo dejando a Andrómeda por su cuenta. Ella, por su parte, se dirigió al tercer piso del ala oeste, ala reservada exclusivamente para uso de Orión.

Se dirigió a su habitación procurando que nadie la viera, no era muy difícil ya que era pequeña y escurridiza pero la precaución nunca estaba de más. Tocó a la puerta delicadamente pero nadie respondió y no iba a quedarse fuera esperando a que la descubrieran.

Entró con toda la idea de esperarlo allí hasta que volviera y, para su sorpresa, lo encontró tumbado en la cama, profundamente dormido. Uno de sus brazos colgaba a un costado sin vida y tenía un pesado tomo de historia abierto sobre la cara. Se acercó y, con mucha delicadeza, levantó el ejemplar, era tan pesado que no entendía cómo había podido respirar con esa cosa tapándole el rostro. Se debatió entre estampárselo en la cabeza o sacudirlo gentilmente como una buena prima...

No lo dudó demasiado, el golpe fue seco y efectivo, Orión se incorporó en la cama como un resorte, jadeando y con los puños en alto.

– Muy bien, pupilo – lo felicitó Andrómeda, jocosa – quería ver si estaba atento.

La niña se mordía los labios para no reírse y él, después de entender que no había ninguna verdadera amenaza en su habitación, la fulminó con la mirada frotándose la cabeza.

– Ahora sé cómo torturarte la próxima vez que te rías de mis fintas – dijo ella ojeando el libro – Durante la guerra de la cadena en el 3818, las fuerzas armadas de Dutram contaban con más de diez mil guerreros...

– ... de los más temidos y respetados en los ocho reinos – terminaron juntos con el mismo tono solemne que usaban los maestros cuando daban la lección.

– ¡Excelente! Tiene un ocho – exclamó ella poniendo la voz grave, como los tutores – ¿Vamos a entrenar?

Le dedicó una de sus sonrisas más deslumbrantes y lo tomó del brazo para levantarlo de la cama. Su primo se incorporó restregándose los ojos y ambos fueron al salón que reservaba para cuando estaba solo (o con

ella). Agarraron las espadas y empezaron a repasar lo que había visto esa mañana, posición y movimiento de pies, esquives y bloqueos.

Andrómeda era rápida y bajita por lo que a él le costaba mucho seguir sus movimientos, no porque fuera lento pero porque ella le ganaba en velocidad. Sin embargo, solo era cuestión de tiempo y ella cometió el primer error al caer en un amague. En un segundo estaba en el suelo con un filo de madera apuntándole al cuello. No le hizo gracia alguna y tuvo que hacer un gran esfuerzo por no parecer demasiado enojada pero él la conocía y sonrió de una manera que la hacía ver todo rojo.

– Eso fue por el coscorrón de recién – le dijo con aire de suficiencia.

Y ella no llegó a contestarle porque, de pronto, tenía asuntos más urgentes que atender. Uno de los tutores de Orión se hallaba parado en el umbral, impertérrito. Se aclaró la garganta y su primo apretó los ojos.

– Edilberto... — maldijo Orión entre dientes y giró en redondo componiendo su mejor cara de inocencia.

– Debo pedirle a la princesa que se retire.

Nunca era muy expresivo pero esa impasividad total solo era prueba de una cosa, estaban hundidos hasta las rodillas en barro pantanoso. Obedeció sin rechistar, sabía que no era el momento de discutir, pero tampoco se alejó demasiado, se quedó detrás de la puerta para tratar de escuchar lo que decían. Quería estar al tanto de la sentencia.

– Esto es inaudito, una vergüenza, uno esperaría otra cosa del protegido del rey – Edilberto gritaba dentro de la habitación – ¡Enseñar a una mujer el arte de la batalla! Es una falta de respeto a tus maestros y a tu reino.

La indignación y el desconcierto estaban tan claros en su voz que no necesitaba verle la cara para notarlo. No entendía por qué era tan grave, ella era tan capaz como cualquiera de pelear así como Eirini era igual o más inteligente que muchos hombres. Sabía, por charlas que habían tenido, que Orión opinaba lo mismo y por eso le enseñaba pero luego de eso...

– Solo estábamos jugando – protestó su primo.

Escuchó pasos cerca de la puerta y decidió que ese era su pie para retirarse. Con el corazón en la garganta se escabulló lo más rápido que pudo y se adentró en la familiaridad de su cuarto.

No quiso salir en lo que restó del día. Era la falsa ilusión de seguridad lo que la mantenía atrincherada, en el fondo sabía que no era verdad, pero una parte de ella sentía que escondida entre las mantas no había nada

que pudiera lastimarla.

Por fortuna, el rey nunca vino a buscarla, tampoco vino Orión, dudaba que quisiera volver a verla después de los problemas en los que se había metido por su culpa. Su criada, Petra, le trajo la cena y le dedicó una sonrisa amable de una criatura invisible a otra. Y eso fue todo, cenó y se acurrucó para mantener los problemas fuera de su caparazón.

A la mañana siguiente se despertó sudada y con las mantas esparcidas por el piso, el sol que entraba por la ventana parecía haberse enterado finalmente de que era verano. Hubiera dado lo que fuera por convencerlo de lo contrario.

Se levantó y, cuando Petra le trajo el desayuno, le pidió que le preparara un baño de agua fría. Lo iba a necesitar tanto para refrescarse como para darse valor. Porque iba a ir al patio del ala oeste a ver el entrenamiento de Orión. Estaba bien si él no quería volver a entrenarla nunca, incluso si no quería hablarle, era lo esperable. Pero si lo encontraba allí... si lo encontraba significaba que el castigo no había sido tan grande, que no lo habían encerrado en un calabozo. O peor.

Bajó intentando parecer más decidida de lo que estaba, intentando no verse culpable y evitando a toda costa cruzarse con el rey. Llevaba el libro de Sir Arnolde bajo el brazo, en parte para fingir que leía y en parte para infundirse valor. Ya cerca, escuchó voces y el inconfundible ruido metálico de las espadas. Se asomó con cautela por uno de los pilares, de espaldas a ella estaba Orión mirando a su maestro, Melquíades, que conversaba con el herrero. Aparentemente el rey había mandado a forjar una espada especial para su protegido y estaban arreglando los pormenores del trabajo. Orión se removía inquieto, no parecía muy a gusto con la situación y estaba mudo como la sombra de un espía. Andrómeda dio la vuelta a la galería escondiéndose en los pilares para que no la vieran hasta quedar de frente a su primo.

Entonces lo vio bien y tuvo que contener un grito que hubiera delatado su posición, tenía un cardenal que iba desde la ceja hasta el pómulo izquierdo y ese ojo completamente rojo. Se contuvo para no largarse a llorar, no podía apartar la vista, por suerte el resto parecía intacto. Orión miraba a todos lados menos a los hombres que tenía enfrente, muy probablemente había sido el mismo Melquíades el encargado de su castigo y eso debía ponerlo incómodo.

Esa imagen despertó en ella una súbita furia y sin pensarlo salió de su escondite para ir directo a donde todavía estaban discutiendo sobre la espada. Su primo la vio entonces y puso su ojo sano grande como un plato, si no hubiera estado tan centrada en su enojo se habría reído de su apariencia. Pero no era el momento, no mientras se plantaba detrás de su

instructor y le daba tres toquitos en el hombro.

– Princesa Andrómeda – dijo Melquíades al verla – debo pedirle que se retire, este es un entrenamiento cerrado.

– Pero es que tengo una pregunta muy importante para usted, señor Torrado.

Estaba usando el tono más dulce e inocente que tenía en su arsenal y solo Orión notó el veneno cuidadosamente escondido en su voz, solo él sabía que estaba pensando en morderle el cuello y dejarlo que se desangrara lentamente. El hombre se aclaró la garganta y alzó levemente las cejas incitándola a seguir hablando, casi un desafío.

– ¿Qué es eso que tiene mi primo en el ojo? – preguntó inclinando la cabeza como si tratara de que sus neuronas hicieran sinapsis.

Estaba dándole lo que quería ver, una nena tonta que quería molestar. La cara de Melquíades se endureció al instante y apretó los puños al costado del cuerpo, su vista se deslizó como por accidente a esos nudillos todavía rosados. Sintió que la sangre le hervía en el cuerpo y su sonrisa se ensanchó, alimentada por la ira.

– Se llama crimen y castigo, es la consecuencia de su desobediencia – dijo poniéndose rígido – Ahora le sugiero que se vaya, princesa, como ya dije es un entrenamiento privado.

Sentía cada músculo de su cuerpo preparándose para atacar, las uñas proyectándose a los ojos, la rodilla calculando el trayecto a la entrepierna, los dientes listos para lo que viniera y... una mano pesada en su hombro. La voz que habló no fue petulante ni imperiosa pero emanaba autoridad, una autoridad forjada con templanza, una barra de acero inquebrantable.

– Yo me hago cargo, no debería seguir demorando la educación de nuestro joven invitado – comentó el herrero con soltura.

– Gracias, Graham, tenemos mucho que hacer.

Capítulo 3

Capítulo II

Una aguja en un pajar

3842

Bikre era un pueblo al noreste de Arytei lo suficientemente grande para tener un buen mercado provisto de todo lo que pudieran necesitar pero más tranquilo que la capital. Y allí no corría el riesgo de encontrarse con su madre.

No habían perdido contacto del todo, se veían para las festividades a fin de cada año. Y cuanto más tiempo pasaba, más insistía con que volviera a casa de una vez por todas. Para quedarse. No entendía que su posición como aprendiz era vitalicia y que ella había estado de acuerdo con eso al darle permiso para ir al Norte tantos años atrás. Al parecer en el momento lo había creído otra de sus tontas bromas.

Además en la casa de sus padres tenía que lidiar con la criatura que decía ser su hermano, con el correr de los años se le había hecho más evidente que no lo era. Se le hacía insoportable, sin mencionar la rígida etiqueta que querían imponerle. *Una señorita de tu edad tiene que comportarse de cierta manera, Amanda*, le había dicho su madre, *presentarse en sociedad y comenzar los estudios*.

A eso no se le pueden llamar estudios, mamá.

La frase seguía haciendo eco en sus pensamientos. No, estudios eran los que hacía con Wayl en el Norte. En cinco años había aprendido más de lo que hubiera podido en toda una vida en la Academia para señoritas en la que su madre quería meterla. Por momentos llegaba a creer que había nacido en Dutram por las cosas absurdas que salían de su boca. *Una mujer no debería manejar armas, endurece mucho las manos*. Por lo menos su padre se había reído de eso.

No había nada que pudieran hacer o decir que lograra alejarla del Norte. Wayl le había mostrado los antiguos manuscritos, había sido el único en creerle y el único que siempre le decía la verdad. Con Wayl no había mentiras ni secretos, la había invitado a la asamblea de la Orden esa tarde para probárselo. Por supuesto, tenía que terminar sus deberes antes, eso significaba ir al pueblo en busca de los cristales apropiados.

Jiuew era el reino perfecto para la magia runn, la que Wayl favorecía, los metales abundaban en los mercados, traídos directamente de las minas al oeste. Además tenían acceso a los mejores catalizadores y aleaciones, los

cristales provenientes de la Cadena eran los más puros de Antanarei y, aunque sus herreros no eran tan habilidosos como los del reino vecino, había más de uno muy competente. Era sencillo conseguir a alguien que fabricara las piezas adecuadas, si sabías dónde buscar. El pequeño emporio en el callejón detrás del mercado era perfecto, no tenía nombre, solo una chapa con un número. 27683.

La puerta, que le hubiera parecido endeble de no haberle grabado la secuencia protectora con sus propias manos, se abrió con un tintineo. No tenía campanilla pero había logrado que sonara sin necesidad de una, se sentía particularmente orgullosa de eso.

– Te estaba esperando, hacía mucho que no venías – la saludó Camille.
– Estuve ocupada.

Nunca había tenido amigas, Camille siendo lo más parecido. Era la hija del dueño del emporio y solía encargarse del mostrador. Era un poco mayor que ella pero no demasiado, llevaba el cabello castaño siempre atado y ostentaba sus manos duras con gran orgullo. Parte del porqué le agradaba.

– Me imaginé – fue su única respuesta.

No había interrogatorio ni reclamos ni excesivas quejas sobre su ausencia. Quizás porque no eran realmente unidas, era mejor así de todas formas.

– Necesito cuarzo, tres piezas chicas – comenzó a pedirle y ella revolvió en los muchos cajones del lugar – cuatro amatistas medianas, diez planchas de plata, medio as en varas de cobre...

La campanilla interrumpió su listado y un muchacho de largo cabello ondulado y oscuro entró al local. Miraba con desconfianza alrededor y supo de inmediato que jamás había pisado el 27683 en su vida.

– Y un aro de ocho, el mejor que tengas – terminó ignorando al recién llegado.

Camille había apilado todo sobre el mostrador con una rapidez a la que ya se había acostumbrado y que agradecía.

– Tengo algo que podría interesarte – le dijo arqueando una de sus cejas perfectas – un hallazgo.

Abrió un cajón de gruesa madera ya un tanto gastada y sacó una cajita afelpada. Por un momento creyó que lo que veía era un simple anillo y quiso reprocharle la pérdida de tiempo pero luego notó el destello que irradiaba. Lo tomó entre sus manos, se sentía cálido y suave, no había visto nada más hermoso en toda su vida. Acero de Linnea. No tenía ni

idea de para qué podría usarlo pero no podía dejarlo allí para que un noble esperpento lo comprara para alardear de su riqueza.

- ¿Cuánto? - le preguntó a Camille que la miraba con una sonrisa satisfecha.
- Por todo, treinta denarios - respondió cruzándose de brazos.

Era casi todo el dinero que tenía, unos trescientos ases, y todavía tenía que conseguir la gema central de su proyecto. Ni siquiera había decidido cuál iba a usar, había querido recorrer el pueblo para inspirarse pero el aro de Linnea cambiaba todo. Entonces un brillo azul llamó su atención debajo del vidrio del mostrador principal.

- Treinta con el zafiro - replicó señalándola.

Era una pieza grande y pulida, muy codiciada y rara vez vista, un gran catalizador. La conocían como la gran transformadora, la piedra de la sabiduría y la portadora de paz. Era perfecta para lo que estaba planeando. Pero Camille negó con la cabeza.

- Esa pieza vale al menos diez denarios, si la vendiera por menos podría perder una mano - protestó mientras lo tomaba - cuarenta por todo, es un buen precio.

Sí, cualquier tienda le hubiera cobrado treinta por el aro solo, ni hablar del zafiro. Eso la dejaba en cero pero valía cada centavo y era una oferta única que no iba a conseguir en ningún otro lugar de Antanarei. Amanda asintió y sacó el dinero.

Había terminado de guardar todo en su morral cuando el muchacho, del que se había olvidado por completo, se adelantó y se aclaró la garganta.

- Necesito encontrar a alguien que pueda ayudarme con esto - le pidió a Camille extendiéndole un dije circular bastante peculiar.

Eso llamó su atención, el metal parecía bueno y tenía incrustada una gema que no reconoció, de un azul violáceo impresionante. Tenía unas inscripciones que conocía muy bien, ¿de dónde lo habría sacado? La magia runn no era muy común, seguía siendo un área un tanto experimental, hasta hacía unos años no se había usado para más que aleaciones. Un talismán como aquel...

- No sé nada de eso - negó Camille alejándose del chico.

Era típico de ella, no se involucraba con nada que no tuviera que ver con el negocio. Si alguien mencionaba algo que no estaba en su catálogo se volvía de piedra y no había manera de hacerla hablar. Era supervivencia,

por supuesto, pero resultaba irritante.

– Solo quiero a alguien que pueda entenderlo – insistió él – mi nombre es Bruno, soy del pueblo, ¿está bien?

– No sé nada.

Amanda salió del negocio, tenía demasiadas cosas para hacer, no podía permitirse distracciones. Wayl nunca había sido un hombre paciente ni comprensivo y si llegaba tarde... por otro lado él siempre decía que no había encuentros fortuitos, que la vida estaba escrita para quien supiera leerla. Ese pensamiento la hizo detenerse en medio del callejón, justo cuando la campanilla sonó a su espalda. Se volvió para ver al muchacho salir del 27683 de brazos cruzados, no necesitaba las habilidades especiales de su maestro para saber que no había obtenido nada de Camille.

Bruno se desvaneció a la vuelta de la esquina y Amanda contó hasta diez. Quería convencerse de volver a la Fortaleza, hubiera sido lo más lógico y lo más razonable pero se encontró corriendo en dirección al muchacho.

– Bruno – lo llamó mientras se aseguraba de que no hubiera ojos en las inmediaciones.

– ¿Sí? – preguntó él con desconfianza.

– Yo puedo ayudarte con eso.

El chico la observó por un momento, su cabello cubriendo la mitad de su rostro en una cascada enmarañada de rulos.

– ¿Cómo sé que es verdad?

Amanda, sabiendo cuán inútiles podían ser las palabras en esos casos, sacó el dije que llevaba oculto bajo la ropa. Era una pequeña moneda con dos flechas grabadas y, en el anverso, tenía una secuencia de runas. Esa era la llave para la Fortaleza, no debía mostrársela a nadie pero Wayl le había dicho que confiara en su instinto. En ese momento, su instinto gritaba en dirección al extraño que tenía enfrente.

Bruno abrió los ojos al reconocerlo por lo que era, un sigilo de mago, una versión reducida al menos. Entonces asintió y le entregó el talismán. Que pudiera reconocer el símbolo del Norte ya decía mucho de él, no era un campesino que pasaba sus días hundido en las minas. Había sido educado, lo suficiente para que el nombre de Wayl significara algo para él.

– ¿Qué piedra es esta? – le preguntó al examinarla más de cerca.

– Tanzanita o eso decía en la ficha – respondió él guiándolos a un estrecho pasaje.

Le tomó unos segundos procesar lo que había dicho, luego lo miró con las cejas enarcadas. Ella tampoco era muy buena con la paciencia.

- ¿Hay una ficha?
- Solo de los materiales, quiero saber qué son esas inscripciones – replicó Bruno, ligeramente ofendido por las implicancias de su tono de voz.
- Está bien – accedió frunciendo el ceño – pero necesito tiempo.

El muchacho entrecerró los ojos con una sospecha que le dieron ganas de rechinar los dientes pero que solo hablaba bien de él. *Hombre precavido vale por dos* solía decir Wayl. Amanda soltó el aire despacio por la nariz y sacó el pequeño aro de Linnea de su bolso para dárselo a Bruno. Él había presenciado la escena en el emporio, sabía lo que valía, sabía que era importante para ella.

- Con tu vida – le advirtió extendiéndoselo.
- Lo mismo digo – replicó él mirando el talismán fijamente.

Con un rápido movimiento, Amanda le arrancó un par de sus largos cabellos oscuros y sonrió satisfecha. El chico protestó pero no hizo movimiento alguno para atacarla. Probablemente ni siquiera entendiera por qué lo había hecho, por más instruido que fuera había ciertos conocimientos que, fuera de la Orden, nadie tenía.

- Estamos en contacto – lo saludó agitando los pelos todavía en su mano como si fueran una bandera.

Bruno no llegó a responder, abrió la boca para decir algo pero ella ya se había desvanecido como si estuviera hecha de aire. Le hubiera gustado poder ver su cara, los mundanos eran tan graciosos.

Llegó a la Fortaleza con algunas horas de anticipación, había planificado volver mucho antes pero tenía suficiente confianza en sus habilidades. Iba a llegar a tiempo para la reunión. Se adentró por los pasillos del glaciar, la primera vez allí dentro la había invadido un terror irracional, el túnel era estrecho y daba tal sensación de encierro que no había podido soportarlo. Hasta que Wayl, con su usual pragmatismo, le había dicho que si no era capaz de lidiar con ello iba a tener que volver a su hogar. Desde entonces le había tomado cariño, al túnel y a su maestro, que por momentos era difícil de querer.

La Fortaleza del Norte era innavegable para quién no la conociera, estaba diseñada como un laberinto y todos los pasillos eran iguales. Ella se había perdido más de una vez durante los primeros ciclos, sin embargo, había empezado a conocerla mejor que su propia casa. Bueno, la casa de sus padres, porque aquel hacía tiempo que había dejado de ser su hogar.

La sala central con altas columnas de mármol blanco la recibió, naturalmente, estaba vacía, Wayl no estaba allí a menos que estuvieran en un entrenamiento o tuvieran alguna visita inesperada. El piso cubierto de azulejos de colores traídos de Aycma siempre había sido su favorito, le gustaba la manera en la que se reflejaba en el hielo, aunque no era agradable para sus rodillas cuando se caía.

Atravesó la sala aferrándose al morral como si su vida dependiera de ello, no dejaba de pensar en el enorme zafiro que había conseguido para el proyecto. Wayl le había encomendado que se fabricara una vara, no era verdaderamente necesaria para practicar magia pero servían como canalizadores de la energía. *Además, había dicho con ese tono recto y solemne que usaba, todo buen mago debería tener su propia vara.*

Llegó a su habitación sin pensarlo, tiempo atrás había tenido que contar las vueltas para lograr ubicarse, pero luego de tantos años podía encontrar el camino por instinto puro. El lugar estaba ordenado, excesivamente prolijo, Wayl no toleraba otra cosa. *El oficio mágico es delicado, la disciplina y la limpieza son fundamentales para evitarnos cometer errores fatales.* Cinco años con él le habían grabado su voz en la cabeza, su maestro era capaz de repetir las frases cuantas veces fueran necesarias para que no las olvidara nunca. *Escucha algo siete veces y lo recordarás por años, repite algo siete veces siete veces y lo recordarás toda la vida.*

La regla era siete veces siete. Siempre. Para dejarla hacer su vara la había hecho repetir las secuencias cuarenta y nueve veces, luego practicarlas otras tantas. Lo mismo para soldar y enlazar. Había muchos magos que hacían sus varas con madera pero Wayl prefería el metal, *la plata distingue a los falsos, se vuelve negra en las manos equivocadas, la madera es inconsistente y no deberíamos confiarle nuestros asuntos más valiosos.*

Sacó todos los materiales del morral y los acomodó prolijamente sobre la mesa de trabajo. Las amatistas iban intercaladas con los cuarzos y todo se enlazaba con las varas de cobre para ayudar a conducir la energía. Funcionaban de manera similar a los chakras, los centros energéticos del cuerpo y el cobre era la columna vertebral que los unía. Luego tenía que adherir el aro a la estructura con la soldadora y, con mucho cuidado, enmarcar el zafiro para que quedara fijo en el lugar.

Estaba intentando hacer encajar la gema cuando se le resbaló de las manos y, al golpearse contra el piso, se le desprendió una de las puntas. Maldijo en voz baja y recogió ambas partes, realmente no era mucho lo que se había partido pero una piedra herida no funcionaba tan bien como una sana. Sin embargo, era lo único que tenía y estaba justa de tiempo así que la hizo ajustarse al espacio y la fijó al aro. Había comenzado a

grabar las planchas de plata cuando alguien tocó a su puerta.

- Mi señora - saludó la doncella desde el umbral - el Señor la está esperando en la recámara formal para recibir a los invitados.
- Gracias, Caryn - replicó poniéndose de pie.

La doncella entró para ayudarla a vestirse, según el protocolo debía vestir su túnica formal igual a la de su maestro solo que más larga. Era de un gris claro con bordados en turquesa que recorrían el cuello en V en tres líneas paralelas. Lo mismo en la flexura del codo, el puño amplio de las mangas, la cintura que se ajustaba a su cuerpo y el dobladillo que caía por debajo de su rodilla. Tenía un traje similar para los entrenamientos excepto que en vez de ser una túnica suelta y llevar debajo pantalones, era un entero que se adhería a su cuerpo como una segunda piel y llevaba bordado en el pecho el sigilo de la Fortaleza. Con la túnica, en cambio, se podía ver el medallón que llevaba colgado del cuello gracias al abierto escote.

Siguió a la doncella por los pasillos de la Fortaleza, no necesitaba que la guiaran pero Caryn tenía órdenes de escoltarla como si todavía pudiera perderse. Wayl podía ser duro e inclemente pero con algunas cosas llegaba a ser sobreprotector.

Lo encontró sentado a la cabecera de una gran mesa de roble, una silla a su derecha lista para ella. Allí dentro no podía percibirse el glaciario, el piso de mármol blanco y las paredes de piedra gris podrían haber sido parte de la casa de sus padres. La araña de cristal hacía danzar pequeñas lucecitas en toda la habitación y daba un tono cálido muy impropio del Norte. Su maestro la saludó con una inclinación del mentón y la invitó silenciosamente a que se sentara a su lado, era un lugar de honor.

Cuando llegó el primer invitado lo recibieron juntos, Salomon Hiwe, Señor del Este, entró a la estancia con una larga túnica celeste y dorada que se arrastraba por el piso. Pudo adivinar en el rostro de Wayl los pensamientos que mantenía ocultos, *parece que vino con ánimos de limpiar el piso*. Tuvo que reprimir una risita que hubiera irrumpido en la solemnidad del momento como un trueno. Pero su maestro se endureció como la piedra que los rodeaba cuando detrás del mago apareció una joven que parecía de su misma edad y era, sin duda alguna, su aprendiz. La niña tenía el cabello castaño y unos ojos verdes de comienzos de primavera, vestía una túnica violeta adornada del mismo dorado que su maestro.

Juntos, maestro y aprendiz, eran una explosión de color, muy diferente a los grises y los pálidos azules a los que estaba acostumbrada.

- Que la diosa allane el camino bajo tus pies - lo saludó Wayl con una seriedad helada.

– Que su voluntad te sostenga en los altos montes – replicó Salomon con una sonrisa cortés.

El mago era tan alto que algunos cristales de la araña llegaban a acariciarle la cabeza descubierta, en su calvicie se reflejaban todas las luces y su barba candado, negra como la noche, contrastaba contra el blanco de su piel. Recién pudo verlo a los ojos cuando tomó asiento a su lado, la niña junto a él.

– Amanda, un placer volver a encontrarnos – la saludó.

Era un honor que uno de los grandes magos la llamara por su nombre, que se dirigiera a ella con tanta cortesía. *Los del Este tienen el corazón derretido por tanto sol*, había dicho Wayl no mucho tiempo atrás. Quizás fuera cierto pero no por eso iba a deshonrar a la Orden y no devolver el gesto.

– El placer es mío, Señor – replicó con la inclinación más correcta posible.
– Me temo – dijo su maestro mirando a la niña que acompañaba a Salomon – que no nos presentaron.
– Todo a su tiempo, Wayl – respondió el mago del Este adelantándose en su silla.

El gesto no se le pasó desapercibido, con él cubría a su aprendiz por completo de sus vistas. Su maestro sonrió como si dijera *por supuesto*, pero en el fondo sabía que su impaciencia bullía como hielo seco.

Entonces una mujer entró en la sala escoltada por una doncella. Aunque *mujer* era una palabra que no comenzaba a describirla, su ropa se enredaba a su alrededor como serpientes con escamas de atardecer y algunos colmillos asomaban de cuando en cuando por entre la maraña de telas. Sus largas piernas morenas se exhibían casi en su totalidad y llevaba los tobillos adornados con extrañas formas de oro que no reconoció, y estaba descalza. Su cabellera cobriza estaba trenzada en la parte superior y coronada con hojas de oro, el resto caía en ondas seductoras sobre sus hombros.

– Hammel – dijo Wayl a modo de bienvenida.

Había algo extraño en la forma en que le hablaba, como si lo hiciera a través de los carnosos labios de la bruja y no de los suyos propios.

– Muchachos – saludó ella con su voz salvaje mientras tomaba asiento al otro lado de Wayl – señoritas.

No hubiera esperado que Hammel supiera su nombre, incluso si la visitaban más que a los otros magos de la Orden. Ella era una bruja, sutil distinción que la volvía casi como de otra especie. Los brujos tenían tres

tipos de magia, arcana, arcaica y ancestral pero lo que realmente hacía a Hammel diferente era que no seguía la corriente déica de la Orden, sino más bien se ceñía a la naturalis. Es decir, veneraba a la naturaleza y a lo salvaje más que a la diosa como los demás, y gustaba de provocar a todos en las reuniones.

Eso había empezado a hacer, afilando sus largas uñas en la mesa, cuando una mujer robusta y de brillante cabello rojo entró a la sala y se sentó junto a ella sin una palabra. Vestía una pesada armadura y Hammel frunció la nariz con disgusto al verla, la maga no le prestó atención.

– Bienvenida, Brusull – saludó su maestro – ahora podemos comenzar.
– Sí, creo que tenemos muchos asuntos que atender – replicó la maga sin gastarse en formalidades.

Salomon se aclaró la garganta, sabiendo que uno de esos asuntos se encontraba sentado a su lado en una brillante túnica violeta. La atención de todos los presentes estaba fija en él, en lo que sabían que estaba por decir y que, sin embargo, no era oficial hasta que no se pronunciaran las palabras.

– Orden, ella es mi aprendiz, Eldana Magpipe – la presentó el Señor del Este – llegó a mi Torre hace dos años, conoce las leyes primordiales, está lista para su consideración – era una expresión antigua y formal que seguía el protocolo.

Se tomaron un momento de escrutinio, había sido igual con ella, ser aceptada por el mago era el primer paso; obtener el visto bueno de la Orden era el segundo y más importante. Luego de observarla, su postura, su expresión, cualquier indicio que pudiera rebelar malas intenciones o alguna debilidad, Wayl tomó la palabra. Él era el más antiguo de los magos y, por consiguiente, la cabeza de la Orden y el que presidía los encuentros.

– Que hable, pues, si tanto conoce – continuó su maestro tomando una postura ceremonial – que recite con una mano en el pecho las cuatro leyes primordiales, bienintencionadas desde su persona.

La niña se puso de pie, como era de esperarse había sido instruida para ese momento, pero nadie podía entrenar para evadir los poderes de Wayl. Él podía detectar, con solo una mirada, las mentiras y las irregularidades de carácter, era la herencia del Norte. Fue por eso que, desde el momento en que Eldana abrió la boca, no le quitó los ojos de encima.

– Nunca heriré a nadie más que en defensa propia y nunca utilizaré lo aprendido para mi propio beneficio sino en pos del bien mayor – comenzó a recitar con una voz todavía joven – honraré y respetaré a mi maestro y sus tradiciones y protegeré las tierras del Este desde hoy hasta el último

de mis días porque así lo hizo Sonya, la primera, y así deberé hacerlo con cada uno de mis alientos.

Se hizo un silencio característico y todos la observaron volver a tomar asiento, todavía con la frente en alto. Lo había dicho bien, quizás un poco más rápido de lo necesario, probablemente no manejara bien el estrés pero había sido todo muy correcto. Además, tomando como referencia las enseñanzas de su maestro sobre lenguaje corporal y cómo leer a una persona le parecía que, más allá de los nervios, la niña no tenía nada de malo. No había movido excesivamente las manos ni levantado los hombros ni inclinado la cabeza o las comisuras de los labios.

La bruja del Oeste asintió, dando su aprobación, y le pareció que podría haber siseado como las serpientes. La siguió Brusull con un gesto corto, conciso, pragmático, como solía preferir. Wayl entonces la miró a ella, esperando su opinión. Que siquiera la tuviera en cuenta era un orgullo, si bien era parte de la Orden, no tenía voto en las reuniones. Amanda asintió con solemnidad y su maestro no pudo disimular su sonrisa orgullosa mientras asentía él mismo.

– Para alguien que desprecia a las bestias, parece que Wayl se encariñó con su mascota – dijo Hammel con un veneno dulce que solo ella podía conjurar.

– Cuidado, Hammel – le advirtió su maestro al notar que ella se había endurecido con sus palabras – no voy a tolerar ofensas bajo mi techo, a miembros de mi Orden.

La bruja solo sonrió con una crueldad divertida y los demás se removieron incómodos en sus asientos, todos menos Wayl que tenía sangre de pato y nunca cedía a los nerviosismos. Tampoco cedía con Hammel, a quien los demás parecían no saber controlar.

– Bienvenida a la Orden, Eldana Magpipe, que tus días sean largos y fructífero tu aprendizaje – dijo su maestro volviendo al tono formal de antes.

– Gracias, gran Señor del Norte, que la luz de la diosa siempre lo ilumine – replicó ella.

Presumida. Amanda se sintió tentada de cruzarse de brazos pero sabía que su maestro iba a reprochárselo, no podía tener esas actitudes infantiles. No obstante, ¿por qué esa muchachita llamaba “gran Señor del Norte” a su maestro? No era necesaria semejante pomposidad ni besarle los pies a Wayl, ¿qué quería conseguir?

Su maestro, siempre tan perspicaz, la miró de reojo con las cejas enarcadas. Inmediatamente todos los pensamientos desaparecieron de su

cabeza.

– Ahora que sacamos las formalidades del medio puedo preguntar, ¿cómo se encontraron, Salomon? – preguntó el gran Señor del Norte.

– Ella me encontró a mí – explicó el mago del Este – llegó al Claro montada a un caballo blanco luego de haber sido perseguida por meks en el bosque.

– ¿Meks en el bosque de Réquiem? – replicó Hammel tamborileando sus larguísimas uñas sobre la madera de la mesa – Eso no es normal.

Brusull maldijo por lo bajo y se pellizcó el puente de la nariz, su presencia, aunque silenciosa, resultaba escandalosa en muchas otras maneras. La maga del Sur tenía la cualidad de decir mucho sin hablar, de llenar los espacios con su vacío como si su mera presencia alcanzara para ocuparlo todo. Hasta su vestimenta, en tonos marrones y rojizos, ayudaba a complementar ese aspecto de su personalidad. El cuello que llevaba levantado y cubría todo hasta su mentón le agregaba un aire de misterio, había escuchado que la llamaban Furia de la Noche. Entendía por qué.

– Ya ven, la profecía es real – dijo Wayl ganándose algunos resoplidos por parte de la bruja – Las cuatro pálidas jinetes coronan al sol del ocaso y anuncian la llegada del odio eterno.

– Entiendo lo de pálida con tu niña – protestó Brusull – ¿pero ella? No encaja, creo que estás obsesionado, Wayl.

A decir verdad, Eldana tenía la piel dorada de estar al sol y con el tono típico de los humaqueños pobres, más amarillento donde los jiuases eran rosados. Sintió a su maestro reaccionar antes de verle el hielo de los ojos, sin embargo, fue Hammel la que respondió primero. Dirigió su mirada de avellana a la maga que tenía a su izquierda, cualquier persona hubiera temblado en su lugar pero Brusull seguía con la misma expresión vacía.

– Qué simplista de tu parte – replicó con desdén – parece que el arte de las sutilezas está perdido, deberías limitarte a tu madriguera.

Salomon se aclaró la garganta tratando de desviar la atención de la bruja y aligerar la tensión del ambiente. Funcionó a duras penas pero al menos pudieron continuar.

– Estoy al tanto de ese detalle y quería compartirlo con ustedes – explicó el mago del Este moviéndose de tal forma que hacía danzar las luces en su cabeza calva – puede ser que hayamos malinterpretado algo.

– No confío en sus ridículas profecías pero no hay nada malinterpretado – intervino la bruja con acidez – está claro que el pálido en este caso hace referencia al caballo, la poesía no hay que leerla con mente de lata...

– Hammel – masculló Wayl poniéndola en su lugar – coincido en lo del

caballo pero por favor, mantengamos el decoro.

La bruja del Oeste miró al mago del Norte con los ojos entornados y una sonrisa sensual en sus voluptuosos labios rojos, alzó las cejas una vez como desafiándolo y le pasó una de sus garras por el rostro. Amanda pudo notar el cambio en él, aunque fingiera indiferencia era claro que le había afectado, había algo diferente en sus ojos grises, más vulnerable y menos distante. Sin embargo, nadie más pareció darse cuenta y Wayl se dirigió nuevamente al resto como si nada hubiera sucedido.

– Hay algo que debería llamar nuestra atención – continuó con su usual seriedad – sombras extrañas en el Templo Reflectante, meks en el bosque de Réquiem... el mundo como lo conocíamos está terminando.

Hubo una repentina oleada de tensión y todos los presentes se enderezaron en sus asientos. El Señor del Este rió con nerviosismo y lo enfrentó a Wayl con las palmas levantadas.

– Bueno, no hay necesidad de ser tan alarmistas – objetó Salomon – simplemente hay que...

– Prefiero ser alarmista a ser un tibio – arguyó Wayl cortándolo a la mitad de la oración.

El silencio ya no era ritual, había alcanzado cada rincón de la habitación y se había teñido del frío del hielo que los rodeaba. Sabía que las reuniones siempre eran complicadas, había muchas diferencias entre los cuatro grandes magos y sus discusiones podían durar años. Especialmente si involucraban a su maestro que no era conocido por su carácter indulgente.

– Wayl – le reprochó Hammel sonando demasiado divertida como para estar hablando en serio – mantengamos el decoro.

Entonces Brusull se puso de pie y todos se volvieron hacia ella estupefactos. Todos salvo Eldana que, más que nada, parecía confundida. Eso la hizo sentir mejor de lo que debería, no era ningún secreto que el Norte era el punto más poderoso de la Orden, que Wayl era el más fuerte de los magos, y Amanda sentía la presión de seguir sus pasos. Hasta el momento había sido la única aprendiz, no había tenido competencia pero la niña cambiaba todo. Iba a tener que esforzarse mucho más para mantener los estándares.

– Tengo muchas cosas para hacer – replicó Furia de la Noche – no tengo tiempo para discusiones teóricas que no nos llevan a ningún lado, la realidad es que faltan dos jinetes para estar seguros, hasta entonces no voy a molestarme con sus presuntas profecías. Me otorgo la facultad de

levantar la sesión, buenas tardes.

Con eso, el resto se descongeló y, aunque todavía un poco sorprendidos, finalizaron la reunión. Salomon y Eldana se retiraron detrás de Brusull pero Hammel se quedó junto a Wayl y le pidieron que los dejara a solas. Amanda se fue a su habitación preguntándose qué podían estar discutiendo que ella no fuera merecedora de escuchar, estaba tan desanimada que, al llegar, no quiso continuar el trabajo de la vara.

Tumbada en la cama con el morral junto a ella recordó el talismán del muchacho del 27683. En un principio había ido a la Fortaleza para encontrar a su hermano, había sido su único y principal objetivo y no se había olvidado de eso. Y aunque con el tiempo había resultado ser una búsqueda imposible, ya estaba tan acostumbrada a estar en el Norte, tan encariñada con Wayl, que no había podido irse.

Sin embargo, por momentos la frustración de no poder hacer nada por encontrarlo la hacía sentir inútil y vacía. Hablar con Bruno le había devuelto parte de la esperanza por algún motivo era por eso que había accedido a ayudarlo. Había una pequeña voz en su cabeza que le decía que ese era el camino hacia su hermano.

Tomó el talismán y lo examinó a la luz de su ventana, la gema seguía cautivándola, ese color azul violáceo era tan profundo que no tenía comparación con nada que hubiera visto antes. Luego pasó a interpretar la secuencia que tenía escrita en la superficie metálica circular, era ligeramente más pequeña que su palma y contenía en su centro a la piedra. El grabado era diminuto, el código era muy complejo, más que las simples fórmulas de protección que solían usarse en esa clase de artilugios.

Entonces algo llamó su atención, una runa que habían visto de pasada en sus últimas lecciones pero que no había aprendido a grabar todavía. Era avanzada, muy avanzada, era una runa de localización. Pero no era una localización cualquiera, entendió siguiendo la línea del código, era un no-lugar. Y había solo cuatro personas en Antanarei que conocían las complejidades de los no-lugares y sabían manipularlos. Cuatro personas capaces de desdoblar el espacio, y ese artefacto no provenía de ninguna de ellas, estaba claro. Ninguno de los magos de la Orden hubiera usado un metal como aquel, no tenía un sigilo y la firma en el anverso era de un nombre que no reconocía. *R.F. Thorns*.

Había algo muy extraño en todo aquello. Intentó activarlo, acceder a la localización, pero notó que estaba bloqueada para un código genético específico. Definitivamente había un misterio por desentrañar en todo aquello y, por fortuna, sabía de alguien que podía ayudarla.

Minutos después apareció en la puerta de una casona de Bikre, Bruno no había mentido cuando había dicho que era del pueblo. Lo había encontrado utilizando los cabellos que había tomado prestados, había intentado activar el talismán con ellos pero el fabricante había sido demasiado inteligente para ser burlado por esa clase de engaños.

Llamó a la puerta mientras veía los últimos rayos del sol ocultándose en el horizonte, no se había molestado en notar la hora antes de salir en su busca y no le importaba si estaba ocupado. Necesitaba respuestas. Un pequeño niño salió a recibirla, no podía tener más de nueve años y la miró con cautela.

– Estoy buscando a Bruno – le dijo al niño que no amagó a responder.
– Serías la primera – replicó un muchacho apareciendo detrás.

Llevaba el cabello corto, mucho más claro que el del niño o el de Bruno y tenía una sonrisa que lo marcaba como extrovertido. Por su acento y color de piel estaba claro que era del sur, hubiera dicho lakiano o reuco, no estaba segura pero definitivamente no había nacido en el frío Bikre. Al verlo, el niño inmediatamente se escabulló hacia el interior de la casa, entonces Bruno apareció en la puerta como si lo hubieran llamado y le dio al muchacho un coscorrón que la hizo sonreír.

– Te dije que me avisaras – le recriminó haciéndolo entrar.

A diferencia de esa mañana, Bruno llevaba el abundante cabello negro recogido en un desprolijo moño que dejaba al descubierto sus intensos ojos oscuros y una nariz recta y ligeramente respingada.

– Perdón – le dijo al tiempo que cerraba la puerta – mis hermanos hacen lo que quieren.
– ¿Quién es R.F. Thorns? – preguntó yendo directo al grano.
– Mi padre – respondió él apretando la mandíbula – pero antes de que sigas haciéndome preguntas personales me gustaría saber tu nombre.

Cierto. No le había dicho nada, solo le había mostrado el sigilo y se había marchado sin otra explicación. Amanda miró alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie que pudiera escucharlos y él pareció notar lo expuestos que estaban fuera.

– Supongo que puedes responderme dentro – accedió invitándola a entrar.

La cabeza de su hermano apareció detrás de un gran sillón rojo en el medio de la sala al escuchar la puerta. Bruno lo ignoró y la guió escaleras arriba a un estudio que cerró con llave.

– Mi nombre es Amanda Gontrade – le dijo.

Él abrió los ojos con asombro al escucharla, reconocía el apellido. Técnicamente no era cierto pero tampoco era mentira, hacía cinco años había dejado de usar el nombre de su familia. Y no iba a volver a sentirse parte hasta que encontrara a su hermano.

– ¿Como el Señor del Norte? – ella asintió.

– Voy a necesitar hablar con tu padre, este artefacto es extremadamente inusual – continuó sacando el talismán de su morral.

– Me temo que eso no es posible, a menos que conozcas una forma de hablar con los muertos – replicó Bruno lúgubre apoyándose contra el escritorio detrás suyo – si estuviera vivo no hubiera tenido la necesidad de preguntarle a nadie más.

– Lo lamento, no sabía.

Bruno se encogió de hombros pero era evidente que la muerte de su padre era una herida que estaba lejos de sanar. Entendía esa clase de dolor, incluso si su situación era algo diferente.

– Fue hace tiempo pero todavía estoy buscando respuestas – dijo él mirándola a los ojos – fueron circunstancias muy extrañas y nunca dejé de preguntarme por qué. Encontré el talismán en su estudio y tenía la esperanza de que tuviera alguna clase de explicación.

– ¿Explicación? – inquirió frunciendo los labios – Esto solo me generó más dudas, ¿cómo sabía tu padre de los no-lugares?

El chico la miró perplejo, evidentemente no tenía ni idea de qué era un no-lugar, no le extrañaba. La pregunta era por qué su padre sí. Amanda le explicó rápidamente lo que había averiguado, el código de la localización que probablemente solo él pudiera desbloquear. No lo sabía con certeza pero estaba dispuesta a apostararlo todo, cosas peculiares como aquella no sucedían de manera aleatoria. Probablemente Bruno estaba destinado a encontrar el talismán, además la gema resonaba con la misma energía que él, como si fuera una pista.

– Gracias – dijo él tomando el talismán entre sus manos y devolviéndole el aro de Linnea – ¿Podrías enseñarme cómo usarlo?

Amanda accedió y, con el gesto, un rulo naranja se desprendió de su trenza.

– Me gustaría acompañarte, de hecho.

– Parece que estamos juntos en esto – coincidió Bruno sonriendo.

Ojalá Wayl no se volviera loco al enterarse.